

Rosalba Campra

Ficciones desmedidas

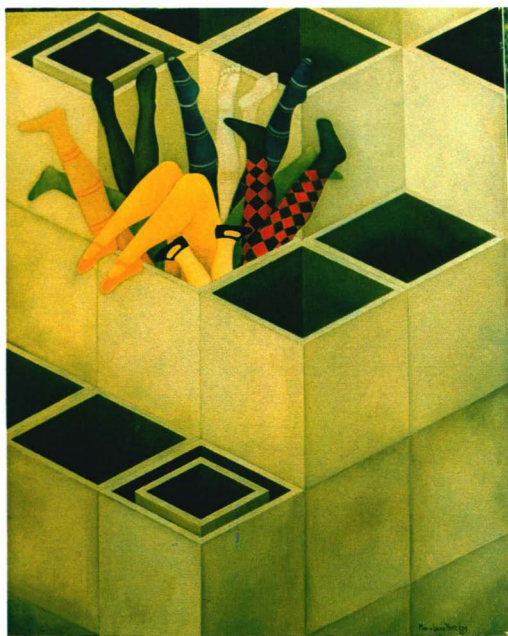




Foto: Giliola Chisté

Rosalba Campra nació en Jesús María, provincia de Córdoba, Argentina. Ha sido catedrática de literatura hispanoamericana en La Sapienza Università di Roma, donde reside actualmente.

Publicó, en narrativa *Ciudades para errantes*, *Ella contaba cuentos chinos*, *Formas de la memoria*, *Herencias*, *Las puertas de Casiopea*, *Los años del arcángel*, *Mínima Mitológica* y *Zona de juego*. Entre sus trabajos de investigación: *América Latina. La identidad y la máscara*, *Cortázar para cómplices*, *Itinerarios en la crítica hispanoamericana*, *Territorios de la ficción: lo fantástico*.

Sus textos figuran en numerosas antologías en Europa, América Latina y EE.UU.

Es mucho el bagaje de experiencias que subyacen en las historias de este libro: el viaje, geográfico y de la imaginación, el detenerse frente a innumerables obras de arte, tener cuantiosas lecturas, ver mucho cine y teatro, frecuentar interlocutores singulares. Pero lo que realmente importa es el prodigio artístico que las transformó en relato: la calidad estética de la mirada de Rosalba Campa, su inteligencia narrativa, su oído y, fundamentalmente, la singularidad de una imaginación que, como en la parábola, es capaz de hacer un árbol frondoso a partir de un diminuto grano de mostaza. Y todo ello aplicado al relato breve, algunas veces extremadamente breve, sin vestigios de esfuerzo que alteren el fluir natural de la narración. Leer *Ficciones desmedidas* es comparable a un viaje de aventura, tiene la fascinación de lo desconocido que empuja hacia delante e impide detenerse. También, lo que por paradójico quizá sea inexplicable: esa luminosa sensación que queda tras sumergirse en historias que insisten en la inexorable soledad, en el final de una estirpe, en escenarios atardecidos que vaticinan una noche inminente. Siento que algo se agota bellamente a lo largo de estos cuentos. Algo que, con toda seguridad, no es ajeno a nosotros.

Raúl Brasca

La búsqueda del centro

No todos son capaces de encontrar la razón de su vida.

Yo, por ejemplo. He estudiado dialectología y tantra yoga, escrito poesías permutantes. Por más que recorrí museos, me asocié a los teósofos y después a los vegetarianos, ocupé la universidad y los latifundios, seguía sin divisar en el horizonte una luz que me indicara hacia dónde estaba yendo.

Por eso, cuando conocí a Sebastián me dije: ahí está.

Pero ahí estaba nada más que Sebastián.

R.C.